

LIBROS

Salvador Seguí: El sindicalismo y Cataluña

Los intentos de recopilación de la obra de Salvador Seguí se iniciaron poco después de su asesinato, en marzo de 1923. Algo debió realizarse, porque, mediada la década, se llegó a anunciar en la prensa sindicalista un folleto que, bajo el título de *Estructura sindical*, recogería una selección de sus trabajos. Pero no creemos que llegara a ver la luz pudiendo suponerse que el ambiente de persecución no favorecería demasiado las ediciones conmemorativas. Más tarde, en vísperas de la República, el futuro «treintista» Juan López lanzaba un llamamiento desde el semanario *Acción* para recopilar la obra dispersa del Noy; esta vez debió ser el cambio de Régimen lo que provocara la nueva frustración. Para entonces hacía unos meses que estaba en la calle, dentro de la serie de «Cuadernos de Cultura», un notable ensayo biográfico, *Salvador Seguí, Noy del Sucre*, que a una copiosa suma de datos añadía un resumen de escritos representativos de su concepción del sindicalismo. El autor, José Viadú, fallecido hace unos meses en el exilio, había conocido de cerca a Seguí en las luchas sociales barcelonesas en torno a 1919 y firmado con él Peiró y Pestaña el discutido dictamen político de la Conferencia de Zaragoza, en 1922. El folleto de Viadú fue objeto más tarde de una reimpresión en el cuadro de un conjunto de escritos de antiguos militantes confederales, publicado en París en 1960, con el título de *Salvador Seguí. Su vida, su obra*. También se incluían en el

mismo algunos textos de Seguí, entre ellos la definitiva conferencia sobre sindicalismo y anarquismo, pronunciada en el castillo de la Mola, en Mahón. Otras menciones e intentos de recuperación de textos tienen menor relieve. Podría mencionarse, en todo caso, la visión y las citas —discutibles, según veremos— que proporciona Pere Foix en su *Apostols i mercaders* (México, 1957) y la reimpresión de dos artículos doctrinales sobre sindicalismo en el volumen

artículos y textos íntegros resulta mucho más pobre. También cuenta, por supuesto, la pérdida de fuentes, pero no deja de ser significativo que el texto más extenso de que disponemos, con la firma de Seguí, resulte ser la dudosa novelta póstuma *Escuela de rebeldía*, editada en 1923 por Artemio Precioso dentro de la serie popular «La novela de hoy». Sin embargo, existía una imperiosa necesidad de reconstruir, en lo posible, la figura de Seguí, central para la com-

que provocaba el malestar anarquista: A nuestro juicio, como en el asesinato de Layret, la muerte de Seguí es acordada ante el peligro para la burguesía reaccionaria de una alianza de izquierdas que contase con la base obrera de la CNT. Pero aun descartando todo nexo entre el asesinato y el anarquismo confederal, ha de señalarse la coincidencia de que mientras las autoridades barcelonesas se ocupan —al menos esto nos dice la carpeta del archivo de

de Foix hizo un flaco servicio a los historiadores, citando de memoria un discurso de Seguí en el Ateneo de Madrid en 1919, donde el secretario de la Regional Catalana enlazaba reivindicaciones de clase y nacionalistas, hasta el punto de defender la conveniencia para la clase obrera catalana de la independencia, mencionar «una Catalunya alliberada de l'Estat espanyol» y fijar como objetivo «l'emancipació dels pobles hispanics». El inconveniente es que Seguí no

Joaquín Ferrer, autor de un *Layret*, que debería revisarse, pero ya contamos con tres aportaciones de importancia. Casi al mismo tiempo, a fines de 1974, aparecieron en las librerías catalanas una documentada biografía de Manuel Cruells, *Salvador Seguí, el Noy del Sucre* (Ariel), muy superior a trabajos históricos anteriores del autor, y la miscelánea de Josep Maria Huertas, *Salvador Seguí: el Noy del Sucre* (Laia). Con el acertado subtítulo de «materiales para una biografía», Huertas ha reunido entrevistas, artículos de Seguí, el texto íntegro de su novela *Escuela de rebeldía*, a los que precede un bosquejo documentado de la actuación de la CNT entre 1914 y 1923.

Por fin habría que citar el pequeño libro de *Escrits* (Edicions 62, Barcelona, 1975), que ha publicado Isidre Molas. Curiosamente fue el primero en prepararse —creo que se presentó a «consulta voluntaria» hace ahora cuatro años— y, bloqueado por razones administrativas, fue utilizado por los dos autores precitados, cuyos libros se pusieron en venta con unos meses de anticipación. El librito recoge, en versión catalana, una serie de artículos de Seguí, publicados en su mayoría en periódicos de Barcelona, discursos y entrevistas. Una breve introducción de Molas perfila adecuadamente los rasgos del «posibilismo libertario» de Salvador Seguí: estimación de que la clase obrera no se encuentra suficientemente preparada para la revolución, necesaria definición «política» de la CNT (lo que no supone ni parlamentarismo ni participación electoral), necesidad de alianzas exteriores, con agrupaciones obreras reformistas o de la burguesía avanzada, bien para llegar a la revolución social, bien para defenderse de la represión o la reacción política y, finalmente, necesidad de la organización de masas en que se conceda especial atención a la capacitación del proletariado de cara a la lu-



Salvador Seguí con Pestaña, Bajatierra, Martínez España, Molins y Piera, en la Casa del Pueblo, después de un mitin sindicalista.

colectivo *El movimiento libertario español* (París, 1974).

La imagen dominante sobre el Noy de Sucre ha sido, pues, la de la dispersión sobre el fondo invariable de su valor de símbolo de toda una etapa de luchas sindicales. El hecho puede explicarse, fundamentalmente, por no haber sido Salvador Seguí a diferencia de otros dirigentes obreros como Pestaña, Iglesias o Anselmo Lorenzo, propicio a empuñar la pluma para la exposición de sus ideas; en su autobiografía, Federico Urales llegó a decir que Seguí no escribía directamente, sino que se servía de su compañero Salvador Quemades a modo de amanuense. Lo cierto es que si la prensa obrera y burguesa de 1916-23 abunda en reseñas de conferencias y discursos de Seguí, el balance de

previsión del anarcosindicalismo catalán en la década 1914-23 e incluso para la explicación de las crisis posteriores. Lo que para el anarquismo ortodoxo significaba la actitud de Seguí fue resumido por el «soldado» Ricardo Sanz, compañero de grupo de Ascaso y García Oliver en su folleto antitreintista *Los treinta Judas*, en plena crisis confederal de 1933. La misma imagen de Seguí transmite la correspondencia García Oliver-Pestaña de la Dictadura: de forma abierta después de la definición «política» de 1922, Seguí personificaba el reformismo sindicalista para los sectores anarquistas de la Confederación. Claro, que su eliminación física tendría otros móviles y protagonistas, aunque posiblemente el referente de la decisión consistiera en el mismo giro

Gobernación—, en la tarea de evitar disturbios en los entierros del «Noy» y «Paronas», añadiendo las notas macabras sobre la refrigeración del cadáver del segundo, en Madrid se prepara la reunión anarquista de la que surge el 18 de marzo de 1923 la Federación Nacional de Grupos Anarquistas —antecedente inmediato de la FAI—, con el fin inmediato de impedir que el anarquismo sea desplazado por el sindicalismo como norte ideológico de la Confederación.

La polémica en torno a Seguí tiene aún mayor ámbito. Nos referimos al tema de su catalanismo e indirectamente el de la propia Confederación, resucitado por la descripción que da del «Noy» su antiguo correligionario, pasado a la Izquierda, Pere Foix. Por añadidura, el bueno

habló en 1919 en el Ateneo de Madrid (tenía que hablar el 3 de octubre en el Ateneo Sindicalista, pero retrasó el viaje) y que la profesión de fe citada en un obrerismo catalanista no es más que una manipulación del texto pronunciado el 4 de octubre de 1919 en la Casa del Pueblo, donde Seguí afirma que la Lliga sería la primera en no aceptar la independencia de Cataluña, tema menor para los obreros que siempre seguirían teniendo ante sí una burguesía, y que realmente el único problema para la CNT era la lucha de clases y su desenlace, la revolución social.

Cabe, pues, felicitarse del rigor con que se han realizado las recientes aproximaciones de la historiografía catalana a la figura de Seguí. Aún no ha aparecido el *Perfil d'un sindicalista*, de

cha revolucionaria. Asimismo, Molas precisa de forma sucinta las visiones más significativas que se proyectan sobre Seguí desde su muerte, desde el rechazo anarquista a la «captación» por parte de grupos catalanes y comunistas. «Su catalanidad — resume —, su carácter de dirigente popular y el hecho de que todo el mundo se reconociese en la tendencia política de Salvador Seguí, por otro lado, sin concretar, hacía posible esta apropiación colectiva y contradictoria de su figura, pero al mismo tiempo no facilitaba la reedición de sus textos».

La recuperación de la figura histórica de Seguí se ha iniciado con esta primera oleada de trabajos y recopilaciones, efectuada desde Cataluña y en catalán. Sólo que, una vez más, hemos de destacar la auténtica barrera que se traza en la distribución del libro en lengua catalana más allá de sus fronteras lingüísticas. Va siendo hora de que los universitarios, por lo menos, atiendan a la producción teórica en catalán. ■ ANTONIO ELORZA.

## Reencuentro con «Los intereses creados»

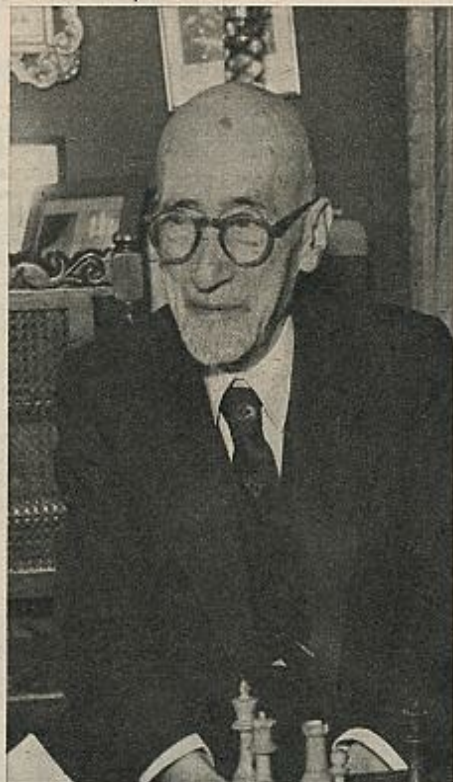
La edición de Fernando Lázaro Carreter de «Los intereses creados», para Cátedra, tiene el interés de situarnos de nuevo ante quien fuera el más respetado y representado de los dramaturgos españoles y es hoy casi una gloria incómoda. La larga introducción de Lázaro Carreter se centra, sobre todo, en el estudio de la obra publicada, con especial atención al significado de sus protagonistas, al orden socio-moral en que la comedia se sustenta, y, muy dentro del carácter erudito del trabajo, a las posibles fuentes y antecedentes del texto benaventino. Un ensayo de Dámaso Alonso comparando «Los intereses creados» y «El caballero de Illescas», de Lope de Vega, desvela el ante-

cedente inmediato de la comedia de don Jacinto y da pie a una Adición de Lázaro Carreter a su prólogo ya concluido.

El estudio de nuestro académico refleja muy bien la ambivalencia con que sobrevive Benavente. De un lado está la larga hegemonía del autor, el respeto que su obra mereció de los Valle y Unamuno, incluso la conquista del Premio Nobel; del otro, la artificiosidad retórica, la sumisión última a los gustos e intereses del público que uno descubre leyendo globalmente al dramaturgo. Sin que —y ahí está el caso de Ramón Pérez de Ayala, implacable antibenaventino— pueda decirse tampoco que muchos de sus más ilustres contemporáneos no dudaran ya del valor teatral de don Jacinto.

Como muy bien se ha dicho —y Lázaro Carreter recuerda al respecto los juicios formulados por Gonzalo Torrente Ballester en su «Panorama de la literatura española contemporánea»—, en la zigzagueante trayectoria de Benavente, lo que vino a manifestar en algunos artículos y entrevistas fue bastante más agresivamente comprometido que su teatro. Como si supiera que en un caso se dirigía a los sectores intelectuales del país y en el otro a su mediocre clientela dramática. El hecho no sólo conviene recordarlo a la hora de establecer —dentro de lo escuadrado de estas etiquetaciones— el «noventayochismo» de ciertas formulaciones de Benavente no refrenadas en su teatro, sino incluso para entender el carácter increíblemente reaccionario de los artículos con que, después del 39, quiso hacerse perdonar algunas de sus declaraciones prorrepúblicas de la etapa valenciana. Artículos que coincidían con el estreno de obras menores, melancólicas, ingeniosas, en cuyo autor nadie hubiera podido adivinar al virulento redactor de la literatura política.

Esta escisión benaventina puede ayudarnos, por lo demás, a enten-



Don Jacinto Benavente.

der mejor a nuestro personaje, siempre un poco dividido, un poco dispuesto —como tantos le reprocharon— a venderse, a llegar con su talento hasta donde no peligrara el éxito.

De hecho Benavente ha sido un modelo, no sólo como escritor, sino como profesional del teatro. Son muchos los que, entre nosotros, han seguido cultivando esa actitud maniobresca que caracterizó a don Jacinto; esa voluntad de calibrar la «demanda» del público y tragarse, o dejar para manifestaciones extrateatrales, aquello que pudiera ser contrario al éxito. Un concepto amoroso, utilitario, de lo «profesional» se deriva de ahí. En cuanto a su papel «ejemplar» de autor, consideremos que don Jacinto habría planteado un teatro eminentemente literario, en el que las palabras lo son casi todo, y del que «Los intereses creados» es una de las más celebradas muestras. Jamás las situaciones o los personajes imponen orgánicamente el ritmo o la palabra. A menudo, uno adivina al autor hablando a través de la obra, desarrollando un discurs-

so literario que lo sentimos desligado de la condición real del personaje. De su verdad dramática.

El tema es importante y podría muy bien ayudarnos a comprender muchas de las limitaciones del teatro español de nuestros días. La representación no puede ser un simple pretexto para que la palabra sea oída; lo cual comporta la propuesta de estructuras dramáticas que no fien al texto la formulación total del drama.

Estas y otras muchas cosas podrían escribirse de este reencuentro con un bello texto y una obra considerada maestra en el teatro español de su tiempo. ■ JOSE MONLEON.

## La estética anarquista

No creo que resulte disparatado afirmar que el arte de hoy, por lo menos el más vivo y el que más nos interesa, está fuertemente impregnado de sensibilidad libertaria. Ya se trate de una representación del «Living Theatre» de Beck y Malina, de una partitura de John Cage, de una composi-

ción plástica de Dubuffet o de «happening» oficiado por Kaprow o Rauschenberg, encontraremos siempre en el fondo un mismo espíritu ácrata que podemos retrotraer directamente a la pregunta que se hiciera William Godwin en 1793 sobre si la obra de arte no sería, al igual que el Estado o la propiedad privada, una manifestación de autoridad.

Para ese gran inspirador de vanguardias que es el norteamericano Cage, el arte no debe ser una creación individual, sino «un acto puesto en marcha por un grupo de hombres». Al carácter sistemático y cerrado de la obra de arte tradicional se opone, pues, la apertura e indeterminación del arte nuevo, al mismo tiempo que se considera superada la división entre el especialista de la creación y el público, elemento profano y siempre pasivo, este último, de la relación artística (1).

El principio teleológico por el que se ha venido rigiendo el arte tradicional ha dejado paso a lo espontáneo y aleatorio: espontaneidad que, por otro lado, lejos de quedar circunscrita al campo de la creación artística ha contagiado a otros sectores y actividades como la política. Así vemos cómo la revolución se hace teatro, y el teatro, a su vez, revolución, y cómo la acción y la imaginación substituyen poco a poco a la estrategia y el cálculo. Arte, política, juego y vida acaban por confundirse.

Haciéndose eco de este nuevo fenómeno, André Reszler conecta, en un librito de reciente publicación, las propuestas libertarias de un Cage o un Julian

(1) No puede ocultársenos, sin embargo, que incluso cuando propugna el antiarte, el «artista» contemporáneo sigue conservando el monopolio de la creación contra el que, sin embargo, pretende rebelarse. Así, por ejemplo, el «happening», a pesar de la mística de la participación que implica, sigue teniendo un fuerte carácter minoritario y mistagógico.

Beck con toda la corriente del pensamiento anarquista moderno desde Godwin, pero sobre todo a partir de Proudhon (2).

Reszler señala como constante de este pensamiento su doble y antitético carácter de revolucionario —en lo que tiene de anhelo de un futuro desconocido— y de reaccionario, por cuanto entraña de nostalgia de formas arcaicas de creación, vinculadas a unas determinadas estructuras socio-económicas y políticas como son la comuna y la federación.

Esa nostalgia se traducirá, por ejemplo, en la admiración manifiesta en la obra de la gran mayoría de los teóricos libertarios por el arte surgido tanto en la polis griega como en la ciudad medieval, valorado en cuanto manifestación del espíritu del pueblo.

Así, Proudhon y Tolstol contrapondrán la verdad profunda de ese arte emanado de la comunidad a la estéril artificiosidad de la obra individual, y esa admiración por la creación colectiva contagiará igualmente a Ricardo Wagner cuando formule sus revolucionarias teorías sobre la obra de arte total.

También Kropotkin, fascinado como su predecesor Bakunin por la región de lo maravilloso y lo desconocido (clara herencia del espíritu romántico) volverá, no obstante, la mirada hacia atrás y encontrará realizado en la Ciudad Medieval, a través de su más alto símbolo, la catedral, su ideal de unión de las artes y los oficios, de igual manera que el representante más caracterizado de la tendencia anarcosindicalista, Georges Sorel, verá en la Ciudad Estética del Medioevo el prototipo de la futura Ciudad Obrera.

Como única voz discordante dentro de este concierto cita Reszler el caso de Oscar Wilde, quien, coincidente con otros pensadores liber-

(2) André Reszler, *La estética anarquista*. Traducción: Africa Medina De Villegas. Ed. Fondo de Cultura Económica.